

TOLERANCIA | TOLERATION | TOLERÂNCIA

Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance

Augusto Castro, Victor J. Krebs
Editores/Editors

Capítulo 1

CENTRO
DE ESTUDIOS
FILOSÓFICOS



FONDO
EDITORIAL

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tolerancia: Filosofía iberoamericana y aspectos diversos de la tolerancia
Toleration: Ibero-American Philosophy and Varied Aspects of Tolerance
Augusto Castro, Victor J. Krebs (editores)

© Augusto Castro, Victor J. Krebs, 2012

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2012

Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Coordinador general de la colección *Tolerancia* / *General Coordinator of the Toleration series*:
Miguel Giusti

Diseño de cubierta e interiores: Gisella Scheuch

Diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: enero de 2012

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2012-01174

ISBN: 978-9972-42-988-0

Registro del Proyecto Editorial: 11501361200076

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

Silvia Grijalva | Instituto Ignacio Ordóñez | Ecuador

La *pachamama* y la sabiduría andina

Introducción

Ya en el punto de partida de la sabiduría de los pueblos está en juego todo el desarrollo posterior. En la ontología de la América andina este punto de partida es la *pachamama*, la identidad común a todos nuestros pueblos antiguos. «Esa tierra a la que adoraban y la llamaban *pachamama*»¹, es considerada como el objeto de inmediatez e irreductibilidad, la conciencia de un pueblo. Conciencia en cuanto es un saber, algo que es otro con respecto a lo que sabe. Pero aquí el que sabe ya es un sujeto, donde la alteridad está presente de manera eminente, pues se trata del «nosotros» que no es la universalización que el lenguaje hace del yo, sino aquello originario que «ya está». Este «nosotros estamos» es ético, por cuanto expresa la sabiduría de los pueblos y caracteriza al ser en nuestra América andina como distinto del ser de Occidente.

1. El ser andino

En los Andes es necesario analizar la concepción del ser y lo que significa la experiencia que según nuestro modo de filosofar representa la primera fórmula del saber fenomenológico: el «nosotros estamos» equivale al ser, es la primera forma de saber de los pueblos.

El «nosotros estamos» se refleja como una experiencia inmediata que no puede ser mediada por la reflexión autoconsciente y, por ello, le es irreductible. Para comprenderse a sí mismo es el filosofar que contrapone al nosotros estamos, el *ego cogito*, pero también al ser en el mundo. Entonces, nuestro ser es un ser que equivale a un estar, estar en el mundo, pero un estar aquí, estar sembrado en la tierra.

Al hablar de este estar plantado, sembrado en la tierra, se enfoca un problema existencial: en el castellano debemos diferenciar entre el ser y el estar. ¿Qué problema aglutina el uno y cuál es el problema del ser?

Reflejado por el nosotros estamos, cuya característica parte de la relación hombre-naturaleza (sea pensada en cuanto espíritu-materia, como en los griegos; sea en cuanto sujeto-objeto, como en la modernidad). No es esa la experiencia primera,

¹ DE ACOSTA, José. *Historia natural y moral de las Indias*. Segunda edición. México: FCE, 1962, p. 221.

sino la experiencia ético-religiosa del «nosotros estamos»² en la cual se da simultáneamente la distinción de la relación del hombre con la naturaleza y la relación del ser con el otro: el nosotros como yo, tú, él y la relación con lo trascendente. Entonces, lo que caracteriza al ser andino no es lo epistemológico, sino lo ético y lo mítico, así como lo religioso, porque al estar ligado a la tierra él es profundamente religioso. De esta manera, existe identidad entre estas dimensiones. Esta característica de nuestro ser, que es nuestra característica del filósofo, del «nosotros estamos», está dada por la eticidad del saber que sabe, esa experiencia se sabe de verdad en una relación ética con los otros o con Dios, que es intrínseca al nosotros, aunque el *logos* y el saber no se reducen al *ethos*³. En conclusión, el ser de nuestros Andes es un ser abierto a la profunda relación con la identidad llamada tierra.

1.1. La tierra o pachamama, símbolo del ser

Saberse arraigado a la tierra es la primera forma óptica del conocer y del saber andino. El pueblo en esta inmediatez es todavía un nosotros indiferenciado. Y la tierra es también un aquí indiferenciado. Un pueblo comienza por saberse como en un estado-aquí y este para-nosotros es el estar-en-la-tierra como la factibilidad de una instalación, como la presencia de un paisaje. «Esta pura presencia vivida como arraigo es la fuente de la cultura y su límite fáctico, se trata de un compromiso primero con la tierra, y de estar asegurado, plantado en ella»⁴. La sabiduría óptica del pueblo, a diferencia del saber epistemológico de Occidente, empieza por saberse arraigado y no por el desprendimiento de la tierra.

No se trata de una oposición con el otro, sino un sentirse acogido con el otro. La importancia simbólica de la tierra en la sabiduría de nuestros pueblos se apoya aquí: es el término intencional más inmediato de la experiencia del pueblo como un «nosotros estamos» profundamente popular. Se define al hombre como «tierra que anda»⁵. Esta concepción puede definirse en dos momentos que expresan el sentido de la experiencia total.

1.2. El ser es y no es en la tierra

La tierra es el símbolo de lo numinoso y lo sagrado, de lo caótico, de lo nefasto, de la muerte, pero también es símbolo de la madre y de la vida. La tierra es lo ético, y no solo lo ético, sino lo escatológico, uránico, paterno, de la religiosidad y, por ende, del misterio de Dios sin negar la trascendencia, sino reafirmando desde otro ángulo, como el núcleo del nosotros, que lo trasciende por dentro y como símbolo mismo de su estar. El símbolo de la *pachamama* (madre tierra), cuando es verdadero símbolo, apunta a lo absoluto, que se manifiesta en toda la dimensión

² Ib., p. 134.

³ Ib., p. 136.

⁴ Ib., p. 118.

⁵ Ib., pp. 118-119.

simbólica de lo religioso⁶. Este concepto es asumido también desde la fe católica y cristiana, a través de la encarnación, los sacramentos y la piedad mariana. De este encuentro entre la religión de la *pachamama* y la fe cristiana, surgió un núcleo ético-simbólico de la cultura latinoamericana, cuyo momento sapiencial es concebido por la filosofía como una forma de universalización y revalorización de lo que podemos llamar dimensión simbólica de la trascendencia divina. La tierra es la madre, en ella viven, ella los alimenta y un día descansarán en ella. Es símbolo de vida y muerte, porque la tierra «es madre, de ella hemos nacido, ella me alimenta, en ella me acuesto cuando estoy cansado, la tierra de suyo es estéril. El sol la ilumina y conjuntamente con la lluvia la fecundan»⁷. De esto se puede decir que en la tierra se nace, se vive y se muere. Así, por ejemplo, cuando sembramos en la tierra la semilla, nos damos cuenta de que ella es la que posee los signos cíclicos de la vida. En ella la semilla nace, crece, se reproduce y, por lo tanto, muere. Del mismo modo, el hombre ha nacido en la tierra, en ella y de ella vive, en ella descansará eternamente después de su muerte.

Esta es en sí la sabiduría de un pueblo que comienza a saber desde niño que está apegado a la tierra y que en ella comulga la vida en común, pero en este vivir en comunión existe algo que se sustrae: el nosotros es viviente, es Eros; por eso, el carácter viviente del nosotros es también lo ético, es decir, la experiencia del goce vital. La palabra que lo define de mejor manera es la definición de tierra-diosa, que significa que nosotros estamos como un mero estar-no-más como núcleo ético-religioso. En la sabiduría de los pueblos, esto viene a significar el nosotros viviente, que es resultado de la experiencia vital del arraigo a la tierra-vida y tierra-muerte.

He aquí el sentido profundo de la filosofía andina, que radica en un saber temporal. Por lo tanto, el ser es un ser acontecido que significa que el arraigo a la tierra es esfuerzo y tarea. En este sentido, esta forma de saber primero es también un acto de esperanza. La sabiduría filosófica del pueblo empieza por la esperanza, que es esencialmente el fruto que proviene de sí en la naturaleza. Así se puede decir que «la tierra, a su vez, queda diferenciada en vida y naturaleza»⁸. Lógicamente, esto se puede comprobar en la construcción de la casa que para los indígenas es su hábitat, en ella viven, rezan y ofrecen sacrificios a la *pachamama*, en ella hacen comunidad con sus hijos y ella es el símbolo de la vida y la muerte.

1.3. *El ser como acontecer*

El acontecer del ser en nuestra América siempre radica en la tierra. Ella significa la globalidad del movimiento, presente básicamente en la construcción de la casa a la que ya nos hemos referido en el punto anterior. La construcción de las casas es el segundo momento de sabiduría del ser en Latinoamérica. Se trata de un actuar que

⁶ Ib., p. 137.

⁷ PROAÑO, Leonidas. *La cultura indígena*. Quito: CEDECO, 1989, p. 25.

⁸ MARQUÍNEZ Argote, Germán. *Antropología latinoamericana*. Quinta edición. Bogotá: El Búho, 1998, p. 221.

acontece en el seno de una familia. Esto funda la cultura y la pedagogía: el habitar es un cultivo y una gestión que acontece todos los días en el sagrado seno de la casa.

- a) *El acontecer comienza en nuestra casa siendo nuestro hogar.* La casa es de la pareja, resulta del Eros y el *conatus*. Pero justamente en cuanto implica lo nuestro saca a la casa de la indiferencia del ser mera casa y la transforma en nuestro hogar. Al habitar en nuestra casa, esta se convierte en intimidad y en gozo vital del esfuerzo de lo natural. La casa sigue siendo la casa, pero también es hogar, donde acontece la tierra como fuente de cultivo y consumo de los frutos. Y por eso la praxis erótica, laboral, que se funda en la política ético-religiosa, al habitar en la casa, produce en sí misma ya un estar, que en cuanto producido es para sí, pero en cuanto mero estar es en-sí. Es lo que llamamos la cultura que es conocida como un permanente acontecer. Esta cultura es historia, es vida, aunque es producida por la familia y no es sabida como tal.
- b) *La experiencia de lo que acontece a la pareja al habitar la casa.* El estar acontece en un triángulo, que es la pareja y el hijo como fruto de lo viviente, que implica que el acontecer se hace fecundo. Esta transformación de la pareja en la familia es propiamente la que transforma la casa mediante el acontecer en escuela. La casa es casa, pero es escuela, se da la experiencia del habitar como enseñanza. Esto implica para nuestro estudio algo muy importante: aquí radica la categoría de una ambigüedad pedagógica, pero no es sabida como tal. «Al criar se está produciendo un para-sí. Es decir, un acontecer para-sí, pero es también un mero acontecer no más»⁹.

Este es el sentido profundo de la pedagogía: en ella se siembra la esperanza, en ella se funda la cultura, la praxis de la vida diaria. En ella descubrimos el vivir en la patria como un estar-siendo-aquí. Aquí hablamos del ámbito de la absolutez en cuanto retomo a la inmediatez del estar, pero mediado. Hay que poner en evidencia que en este momento se pone en juego la diferencia presente en la certeza inmediata del arraigo. Nos referimos al sujeto del habitar y al objeto de la pareja de este acto de habitar. La actitud fundamental en la conciencia de los pueblos es el estar. No es la percepción de las cosas, sino la habitación de las cosas. Esta dimensión es fundamental, puesto que la sabiduría popular basará su objetividad y su verdad en esta experiencia. El percipiente son dos: el esposo y la esposa, lo percibido es la casa. Aquí se entiende mejor por qué la sabiduría popular de nuestros pueblos comienza por una certeza que es el arraigo a la *pachamama* o madre tierra basado al mismo tiempo en un acto de confianza y de esperanza. Porque no se trata simplemente de ver las cosas como un mero observar, sino de habitar la tierra como casa. En ello radica la verdad de la filosofía andina como una filosofía de vida. La verdad de esta filosofía es la experiencia existencial del ser que siente en su pecho y en su corazón la verdad, el arraigo y la veneración a la sagrada *pachamama*, aquella que

⁹ Ib., p. 131.

asocia al hombre con el mundo de adentro transformado en cosmos, por lo que posee un carácter mediador y su mayor asociación es en «este mundo»¹⁰.

2. El estar andino

Para hablar de una estructura existencial originaria de América habría que determinar el caso de la diferenciación en el castellano entre ser y el estar, pero antes habría que describir qué problemática aglutinan estos dos términos en América. Ambos verbos poseen gramaticalmente una diferenciación muy clara. Así, en el ser se define el estar. Si hiciéramos, además, una enumeración de las posibles determinaciones obtenidas *a priori* en el plano de la filosofía, hallaríamos que el ser hace referencia a la esencia, o sea, a lo lleno del ente, y el estar, a la ubicación en el ente. «Lo que está no dice nada de su interioridad, sino solo de su condición, la de señalar un modo exterior de darse»¹¹. Se trata de una referencia general, en suma, de un encontrarse en un determinado sentido dado.

Desde el punto de vista filosófico habría que averiguar, entonces, qué significado posee la separación entre estos dos términos, o qué sentido tiene el estar y qué sentido tiene el ser y cuál o qué es lo que constituye sus límites. Por ende, es preciso primero definirlos.

2.1. Definición de estar

Es aquello que implica algo más que un puro enunciado; el estar equivale a un estar siendo y no a un ser que está. El estar no es el simple vivir aquí; es el sentirse arraigado a un elemento estructurante, realmente pre-óntico y no proto-óntico. Pre-óntico porque es el análisis del estar y de este se concluye que el estar es un estar en la tierra, que es una forma de esencialidad, que es la única posibilidad de partir desde el propio auténtico nivel filosófico a un nivel epistemológico.

Para el *runa* americano, el ser equivale al estar, ya que solo a través del estar se puede definir al ser. Por lo tanto, el estar antecede al ser. Así, el estar hace referencia a la esencia del *runa* americano, es decir, al ente. Pero el ente equivale también al estar y el ente, al ser. Es por ello que el ser es lo mismo que estar-siendo como única estructura de la conciencia natural del hombre americano. De tal modo se puede decir que la posibilidad del ser no pasaría de un estar en pie para mejor entendernos y, precisamente, para entender el mundo, y el preocuparse por los otros depende tan solo del horizonte del estar como esencia del ser y no de este último.

¹⁰ AA.VV. *Para comprender las culturas rurales en Bolivia*. La Paz: UNICEF, 1989, p. 132.

¹¹ MARQUÍNEZ Argote, Germán, ob. cit., p. 109.

2.2. *El horizonte del estar*

Después de haber definido y de haber hecho una primera aproximación al concepto del estar refiriéndonos a una nueva experiencia, a un nuevo modo de filosofar que implica una primera forma del saber fenomenológico, se puede decir que «el estar es entonces la primera forma de sabiduría de los pueblos»¹².

Hemos analizado el horizonte del ser en referencia al estar del ser, que equivale a un acontecer del «nosotros estamos», como primera experiencia, o como experiencia inmediata que no puede ser mediada por la reflexión de una autoconciencia y, por lo tanto, no puede ser reducida.

El «nosotros estamos», al corresponder a una experiencia inmediata, toma un camino adecuado y sigue los pasos de una fenomenología de la sabiduría que allí encuentra su punto de partida, ya que se manifiesta en el sujeto, y no en la autoconciencia, y ya que el sujeto americano es esencialmente comunitario; es el sujeto del estar, del ser y de la historia; por lo tanto, de algún modo, es la filosofía del ahí, que parte desde el estar siendo. Claro está que el yo trascendente equivale al nosotros, en cuanto este implica la universalidad propia de lenguaje que dice la verdad sensible, la cual es, a su vez, un «nosotros estamos» que no supone una relación espíritu-materia, ni sujeto-objeto, sino más bien una interpelación ética. El «nosotros estamos» no es la universalización del yo objeto, sino que implica, además del yo, el tú y el él, que no son reducibles desde el yo a lo trascendente o absoluto.

Entonces, el estar está caracterizado por el «nosotros estamos» como sujetos comunitarios, cuyo saber ético radica en la teoría de la responsabilidad. Por lo tanto, no es un saber absoluto, individual, sino es un saber que sabe lo que acontece. Esto es así porque este acontece en el estar que se manifiesta previo al nosotros y al ser, previo a la tierra en la que estamos y previo al saber mismo.

En este sentido, se puede decir que el estar, aunque es una experiencia y es nombrado por el lenguaje, se sustrae o se caracteriza en una índole pre-óntica, es decir, es previo al ser, al sentido, a la libertad y al logos. En conclusión, el estar es previo al ser. O, mejor dicho, no existe ser sin el estar.

2.3. *La tierra o el estar aquí*

Hemos venido diciendo que el estar es la esencia del ser en América, por lo tanto el «nosotros estamos» es la primera forma del saber del sujeto. Sin embargo, este nosotros necesita de un substrato, que es el «saberse arraigado a la tierra como la primera forma de sabiduría de un pueblo»¹³. En su inmediatez, el pueblo es un nosotros. Ya que un pueblo empieza sabiéndose como estando aquí, como factibilidad

¹² CULLEN, Carlos. *Temas de antropología latinoamericana*. Bogotá: El Búho, 1988, p. 28.

¹³ MARQUÍNEZ ARGOTE, Germán, ob. cit., p. 118.

y presencia de un paisaje, esta es la presencia vivida como arraigo a la tierra que constituye la fuente de vida y la cultura. Entonces, el arraigo a la tierra constituye un primer compromiso con ella y consigo mismo como un estar asegurado, plantado en ella. La sabiduría popular empieza por el arraigo, no como oposición por el otro, sino más bien como un sentirse acogido por el otro. La importancia simbólica de la tierra constituye la sabiduría de los pueblos en el «nosotros estamos». «De ahí que resulta profundamente popular definir al hombre como la tierra que anda»¹⁴. En resumen, la tierra es el primer lugar que se presenta al nosotros en el arraigo como imponiendo respeto, como grandiosidad cósmica donde y desde donde emerge la vida. La tierra se hace vida, es vida grandiosa e importante. La tierra es frontal, ella es la que sostiene el nosotros que experimenta, así, al dinamismo del nosotros como arraigados, como un pueblo que comienza a saber que sabe en una íntima relación con la vida y con la tierra. «Como principio cósmico de la naturaleza, ella es la *pachamama* (tierra) que al relacionarse con el hombre adquiere la forma de ciencia y cultura que entrega vida»¹⁵. En realidad, la tierra es nuestra cultura, nuestra ciencia y nuestra filosofía auténtica, que es el estar como ese medio de un quehacer epistemológico del hombre, ya que todo hombre sabe que sabe cuando reconoce qué es esta. El estar aquí es lo primero que se conoce, por lo tanto, es lo primero que sabe sin necesidad de experimentar a través de medios tecnológicos, sino que el estar es un manifestarse al sujeto que está-aquí en relación con la tierra, con el nosotros, con el otro, con la naturaleza, con las estrellas, con el sol, la luna, etcétera.

Consideramos que la filosofía occidental es individualista, ya que es un estudio de un ser abstracto, de un motor inmóvil, de un ser en el tiempo o el espacio. Así en América, al contrario, la filosofía es el conocimiento del otro como medio de realización y autoconciencia en el ser andino.

2.4. *El estar-siendo-así*

La primera experiencia del pueblo latinoamericano es el movimiento del eterno retorno del estar. Pero un estar predeterminado que es ahora un estar-siendo-así, es decir, el nosotros que en un principio es definido como una comunidad en un ámbito primero social y luego político.

Es estar-siendo-así, es el que define la comunidad e implica la transformación de la tierra en la dimensión horizontal, vivida fuertemente en la relación del hombre con la tierra como su amiga que le da todo, que te da la vida. «La experiencia que se aglutina en nuestros pueblos es la práctica de un nosotros comunitario, que transforma la tierra. La cual también debe entregar gran parte de sí, para seguir manteniendo la identidad»¹⁶, de tal modo que sigamos estando-aquí, y sigamos siendo nosotros mismos como sujetos metafísicos.

¹⁴ Ib., pp. 118-199.

¹⁵ Conferencia en Ginebra. *El indígena y la tierra*. Tercera edición. Quito: Abya Yala, 1992, p. 47.

¹⁶ MIREs, Fernando, ob. cit., p. 196.

Por ello, todo andino, por el solo hecho de haber nacido y ser originario de esta zona, ha descubierto las cosas y la existencia en el mundo, en la tierra, como un estar-siendo, como una existencia real, debido a que vive y palpa la realidad de la naturaleza.

Esta dimensión desde donde el andino expresa la experiencia primera se descubre, se manifiesta y se patentiza en el ser en general, en la existencia. Por ello, lo único que puede asegurarse con todo el rigor posible en la historia de la experiencia americana es el ser que al realizarse, en el estar-siendo-así y el estar-siendo-aquí, configura a su vez al ser en general. Entonces, la ontología del ser latinoamericano no es un capítulo más para el simple estudio, sino que es la conceptualización de la intersubjetividad del ser, pero ella es concreta y real. Sus estructuras son fundamentales en la percepción del ser.

En general, «El ser de Latinoamérica tanto como mundo que como perspectiva de un ser en general, solo puede existir en el presente, por cuanto solo en el horizonte del presente la existencia puede ejercerse»¹⁷. De este modo, el estar-siendo-así se vive en el presente. Sin embargo, el ser andino posee futuro, un futuro de humanización plena, en cuanto y tanto tome conciencia y autoconciencia de su pasado. De este modo, el ser puede participar de la gran civilización mundial. El estar-siendo-así, por tanto, se realiza en la tierra: en la *pachamama*, que es la madre del estar, del aquí, del hoy y del todo. En sí el ser andino comprende un todo abierto al todo.

3. Ser o estar

Es fundamental volver a analizar la presencia del estar como primacía del hombre andino, porque solo en esta categoría metafísica es posible insertarse en la totalidad. La metafísica andina es el suelo en el que habita el hombre. Pero al situarnos en el plano metafísico del hombre, cabe preguntarnos de dónde brota este conocimiento. El lugar metafísico desde el que se avizora es la trascendencia del estar: «Al que lo define como una experiencia inmediata que no puede ser totalmente mediata por la reflexión autoconsciente y por ello es irreductible»¹⁸. Por lo tanto, el pueblo andino no valora la sustancia o el ente. Ya no puede importarnos el ser en cuanto ser. El verbo de América andina es, evidentemente, el estar. Vive el acontecer, mas este acontecer es expresión metafísica del estar. El estar de este modo se hace vida. De modo que el estar es, además, una categoría ética. Así, el estar es la clave fundamental de nuestra metafísica, es como una experiencia inmediata. Por lo tanto, ella se contrapone a toda clase de subjetivismo moderno, planteando como punto de partida el saber del pueblo. El estar afirma y reviste la realidad metafísica andina. El estar es lo previo que funda y que lo conceptualiza éticamente a trascender.

¹⁷ GONZALES, José Luis. *Temas de filosofía de la historia latinoamericana*. Bogotá: El Búho, 1983, p. 148.

¹⁸ CHACÓN, Gerardo. *Psicopedagogía del desarrollo*. Quito: CEDECO, 1994, p. 187.

Para caracterizar nuestra metafísica, entonces, es necesario decir que el estar constituye el saber ético-metafísico del hombre andino. Para ello, consideramos al estar como el nombre que desde la filosofía se da al ámbito previo del ser. Es previo porque estamos en la tierra. Está siendo experimentado y es nombrado mediante el lenguaje; por ello, es lo primero que caracteriza al pensamiento metafísico de los Andes; es decir, el estar es el *logos* y el *ethos* andino porque se ha constituido en el símbolo del pensar. El estar aparece entonces como el arraigo a la tierra (*pachamama*); esta es una característica del estar que se relaciona con un nivel ontológico del «nosotros estamos», debido a que el hombre andino se realiza en la comunidad (*ayllu*) como hombre auténtico. Mientras que decir *ser* implica una esencia ya constituida, decir *estar* indica una cierta indeterminación. Por consiguiente, el estar tiene un sentido muy profundo que significa estar situado, es decir, un circunstancial, un estar firme, pero dispuesto a avanzar, y no expresa, entonces, la esencia o lo lleno del ente como de suyo expresa el verbo ser. El estar, en cambio, expresa una ambigüedad, es acontecer, es variable, no es lo determinado. En conclusión, para los andinos el estar es la propia vida que ha «comenzado en sus tierras»¹⁹, porque en ella está y en ella debe estar siempre. La tierra es el estar de todos los pueblos, ella es su madre, que es interminable y constituye una red de vida. La tierra es el estar cósmico, es decir, el estar en la *pacha* y con la *pacha*. Así, «para los pueblos indígenas el ser es una proposición espiritual»²⁰ y el estar es un acto material, pero óntico. En conclusión, en América Andina el estar es el nuevo punto de partida metafísico, el estar es una auténtica categoría de su vivir, de su ser hombre. El estar simboliza el respeto a la verdad filosófica nuestra. Es la verdad metafísica que expresa su trascendencia en la comunidad. Entonces, en los Andes se debe elaborar una metafísica del estar y no del ser.

¹⁹ Conferencia en Ginebra, ob. cit., p. 25.

²⁰ Ib., p. 28.